

Martirologio romano: En Constantinopla, nacimiento para el cielo de san Agapito I, papa, que trabajó enérgicamente para que los obispos fuesen elegidos libremente por el clero de la ciudad y se respetase la dignidad de la Iglesia. Enviado a Constantinopla por Teodorico, rey de los ostrogodos, ante el emperador Justiniano confesó la fe ortodoxa, ordenó a Menas como obispo de aquella ciudad y descansó en paz (536).

NOTICIA DE SU VIDA Y PONTIFICADO

Perteneciente a una importante familia aristocrática romana, era hijo de Gordiano, sacerdote del

título de los Santos Juan y Pablo en el Celio, donde estaba situado también el palacio familiar, en el Clivo di Scauro, no lejos de la residencia de la familia de Gregorio Magno. Antes de la elevación al solio pontificio, cuando era archidiacono de la Iglesia romana,

Agapito organizó una rica biblioteca de obras de los santos padres latinos y griegos en su casa. La pretensión, compartida por Casiodoro (atestiguado por la inscripción dedicatoria conservada en la recopilación epigráfica *Einsiedlense*), era fundar en Roma una escuela superior de estudios cristianos sobre el modelo de las escuelas religiosas de Alejandría de Egipto y Nisibe, en Siria.

El pontificado demasiado breve de Agapito y el estallido de la guerra gótica impidieron la realización de este proyecto cultural. Fue consagrado el 13 de mayo del 535, y el primer acto de su pontificado fue una solemne toma de posición en apoyo de la tradición canónica de la libertad de las elecciones episcopales. En efecto, en defensa del principio de la libre elección del papa por parte del clero romano, hizo quemar en la iglesia el texto del anatema que Bonifacio II (530-532), designado sucesor por Félix IV (526-530), lanzó contra Dióscoro, elegido en cambio por la mayor parte del clero de Roma. Intervino activamente para afirmar el primado jurisdiccional de la sede de San Pedro, como atestiguan las pocas actas que se conservan de él y los intercambios epistolares que mantuvo con los obispos de la Iglesia franca, del África vandálica y con el mismo emperador Justiniano.



A principios del 536 el rey goda Teodato intimó a Agapito a visitar a Justiniano para tratar de disuadirlo de los propósitos de conquista de Italia. Gregorio Magno, en los *Diálogos*, narra que durante el viaje curó milagrosamente a un cojo mudo. El Pontífice fue recibido en Bizancio con muchos honores y, aunque no logró hacer desistir al emperador de sus planes de guerra en Italia, asumió un papel de relevante en los asuntos eclesiásticos de Bizancio tutelando las prerrogativas espirituales y jurisdiccionales de la Iglesia de Roma e impidiendo el deslizamiento de la corte imperial hacia la herejía monofisita. Agapito hizo destituir al patriarca Antimo, sospechoso de monofisismo y protegido por la

emperatriz Teodora, y elegir en su lugar al sacerdote y monje Mennas, a quien consagró él mismo el 13 de marzo del 536, ratificando de este modo el primado jurisdiccional de la Iglesia de Roma en la capital misma del Imperio.

Tras recibir del nuevo patriarca y del emperador una profesión de fe sobre la base de la del papa Hormisdas del 519, Agapito cayó enfermo y murió el 22 de abril del 536. Tuvo funerales solemnes en Bizancio y fue trasladado a Roma en una caja de plomo y sepultado en San Pedro el 20 de septiembre. De su personalidad, puesta en evidencia por el biógrafo del *Liber Pontificalis*, que relata cómo no dudó en oponerse firmemente a Justiniano, queda todavía un eco, ocho siglos más tarde, en el sexto canto del Paraíso de Dante.

(Texto de U. Longo)

HIMNO LITÚRGICO

Cantemos al Señor con alegría, unidos a la voz del Pastor santo; demos gracias a Dios, que es luz y guía, solícito pastor de su rebaño.

Es su voz y su amor el que nos llama en la voz del pastor que él ha elegido, es su amor infinito el que nos ama en la entrega y amor de este otro cristo.

Conociendo en la fe su fiel presencia, ambrientos de verdad y luz divina, sigamos al pastor que es providencia de pastos abundantes que son vida.

Apacienta, Señor; guarda a tus hijos, manda siempre a tu mies trabajadores; cada aurora, a la puerta del aprisco, nos aguarde el amor de tus pastores. Amén.